

 Seix Barral

Megan Nolan

Actos desesperados





Seix Barral Biblioteca Formentor

Megan Nolan

Actos desesperados

Traducción del inglés por
Aurora Echevarría

Título original: *Acts of Desperation*

© Megan Nolan, 2021

© por la traducción, Aurora Echevarría, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: febrero de 2022

ISBN: 978-84-322-3961-8

Depósito legal: B. 651-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

La primera vez que lo vi me dio mucha pena.

Busqué con la mirada dónde estaban las copas porque tenía sed, y ahí empezó todo.

Él se encontraba de pie junto a una escultura de la galería, una cosa grotesca. De color rosa y lo más aproximado a una versión de una oreja humana mutante.

Estaba en plena conversación con alguien y gesticulaba con vehemencia al hablar. Mientras lo miraba caí en la cuenta de que no era la primera vez que lo veía.

Se había sentado delante de mí una vez en la biblioteca Rathmines, y tanto entonces como ahora me había llamado la atención por ser el hombre más guapo que había visto nunca. Cruzamos una larga mirada.

Yo estaba saliendo con alguien entonces, y aunque hubiera estado libre, nunca me había acercado a un hombre en toda mi vida, no de esa manera. Después pensé en él y supuse que estaba allí de paso. Nadie con ese aspecto vivía en Dublín, o en Irlanda, me dije. Nadie tan guapo podría vivir con nosotros.

Ahora estaba a menos de tres metros de mí y volví a mirarlo.

Ciaran tenía el pelo rubio oscuro y sedoso del niño que ha dejado atrás la primera infancia.

Tenía los ojos grandes y grises, y una nariz aguileña y torcida debajo de la cual ardía nítidamente una boca perfecta de querubín, de un rosa inverosímil, que se torcía ligeramente, con cierta petulancia o como si estuviera a punto de reír. Era muy alto y tenía la mala postura del niño que ha dado un estirón prematuro y e intenta ocultarlo.

Sus manos eran bonitas y desproporcionadamente grandes, aun para las largas extremidades a las que iban unidas. Sus huesos parecían de algún modo más delicados que los de cualquier otra persona, y sus facciones también eran encantadoras; era el modo en que estaba estructurado lo que desorientaba. La altura de los pómulos, que daba a sus ojos un aire cruel; la longitud de los dedos con que intentaba asir el aire mientras hablaba, como si colgara adornos.

Es importante entender no solo lo excepcionalmente guapo que era Ciaran, sino la inmensa calma que irradiaba su cuerpo. Una calma que subyacía a cada gesto, mirada o risa. No pedía nada de su entorno.

En esa clase de sala, alrededor de obras de arte, donde la persona con la que hablamos siempre está buscando por encima de nuestro hombro a algún comisario de la galería, eso resultaba de lo más llamativo. Aunque no se lo veía particularmente contento, parecía constituir un todo, como si su mundo estuviera contenido dentro de él.

2

¿Es posible querer a alguien sin conocerlo, solo de vista?

¿Cómo puedo explicar lo que me pasó sin utilizar la palabra *amor*?

Ahí de pie, en esa galería, no sentí únicamente atracción sexual (de la que fui consciente, pero de un modo vago, como un ruido de fondo), sino lo que solo puedo describir como una profunda e inquietante compasión.

Con ello no quiero decir que me sintiera superior a él. Durante casi todo el tiempo que estuvimos juntos lo consideré mejor que yo, tanto en los aspectos esenciales como en los superficiales.

Por «compasión» me refiero a que, con solo mirarlo, me invadió una ternura profunda hacia su condición: la condición de ser humano. En aquel momento, el afecto y la pena básicos que me suscita cualquier persona se intensificaron hasta el punto de que no podía respirar.

Incluso ahora, después de todo lo que ocurrió entre nosotros, puedo sentirme conmovida por él.

Ciaran no fue el primer hombre guapo con el que me acosté, ni el primer hombre por el que tuve sentimientos

obsesivos, pero fue el primero al que adoré. Su cuerpo se convirtió para mí en un lugar de oración, un refugio donde olvidarme de mi propia carne y estar solo con la suya. Se trataba de placer absoluto, de belleza absoluta.

¿Creéis que no soy consciente de que estoy hablando de su cuerpo como de un lugar, un objeto? ¿Creéis que no soy consciente de lo que significa hablar de esta manera del cuerpo de un hombre siendo mujer? ¿Qué sé yo del cuerpo de un hombre?, y ¿acaso puede cualquiera de ellos merecer o necesitar un momento más de alabanza?

¿Qué debe de sentirse siendo guapo pero también invisible si se quiere? En otras palabras, cuando se es un hombre guapo.

3

Ciaran atrajo mi atención, sonrió un poco y abrió más los ojos al recordar —o eso esperé— nuestro anterior encuentro. Me acerqué, y él interrumpió la conversación y se volvió hacia mí.

—Ah, eres tú —dijo, como si hubiéramos quedado en encontrarnos allí.

—La misma —respondí estúpidamente, y enrojecí de vergüenza al oír mi voz como desde fuera. Sonaba muy irlandesa y llena de forzada jovialidad.

Él tenía un acento que no supe identificar.

—¿Cómo te llamas? —pregunté.

—Ciaran —respondió, y como si me hubiera leído el pensamiento, añadió—: Aunque solo mi padre es irlandés. Yo soy danés.

Lo miré a los ojos entonces, y mi vergüenza se esfumó al constatar que el placer era mutuo.

Nos sonreímos tímidamente.

—¿Qué te parece la exposición?

—Bueno, solo son un montón de objetos en una habitación, ¿no? —señalé, tratando de responder con la mayor rapidez y desparpajo posibles—. No les encuentro mucho sentido. He venido por las copas.

Él pasó por alto la última parte de mi respuesta, que era una invitación para que me sacara de allí y me llevara a algún lugar donde me sintiera más cómoda.

—¿No es nuestro deber intentar entender el porqué de estos objetos en esta habitación en particular?

Busqué en la pregunta algún indicio de burla, pero él parecía haberlo dicho inocentemente.

—Lo que pasa es que con el arte nunca sé qué terreno piso. De otros temas entiendo algo y puedo opinar. Con esta clase de cosas me pierdo. No tengo un marco de referencia.

Volvió a sonreírme. Esta vez en sus ojos había algo definitivamente sexual, casi como si se regodeara.

—Bueno, eso es precisamente lo que más me ha gustado siempre del arte.

—¿Vamos a buscar una copa? —le pregunté.

—Tengo que irme. De todos modos, ya no hay. Toma, quédate con la mía. —Y me tendió la cerveza casi llena que tenía en la mano mientras recogía su bolsa—. ¿Te gustaría que diéramos un paseo mañana?

Tomando mi mirada embobada como un sí, apuntó en una servilleta de papel su número de teléfono y me la dio.

—Estupendo —dijo, y se fue.